

EMPIRIA

EMPIRIA. Revista de Metodología de las  
Ciencias Sociales

ISSN: 1139-5737

empiria@poli.uned.es

Universidad Nacional de Educación a  
Distancia  
España

Romero Moñivas, Jesús

Una aproximación teórica a la ambivalencia humana y sus implicaciones para la  
sociología

EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales, núm. 33, enero-abril, 2016,  
pp. 37-64

Universidad Nacional de Educación a Distancia  
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297143503002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# *Una aproximación teórica a la ambivalencia humana y sus implicaciones para la sociología*

## *A Theoretical Attempt to Human Ambivalence and Its Implications for Sociology*

JESÚS ROMERO MOÑIVAS

Universidad Complutense  
www.jesromero.wordpress.com jesromtel@yahoo.es (ESPAÑA)

**Recibido:** 29.05.2015

**Aceptado:** 12.11.2015

### **RESUMEN**

La ambivalencia, considerada como la escisión multiyoica del sujeto, es un rasgo constitutivo del ser humano. A pesar de algunas corrientes teóricas que se han esforzado por asumir este principio, usualmente la sociología no suele prestarle la atención que merece. Este artículo pretende sistematizar las fuentes fundamentales de ambivalencia (ontológica, psicológica, sociológica y situacional) y destacar algunas de sus implicaciones (ontológicas, epistemológicas y metodológicas) básicas para la sociología. El objetivo es mostrar que la asunción de la ambivalencia hace de las teorías sociológicas reflejos más realistas de los seres humanos

### **PALABRAS CLAVE**

Ambivalencia sociológica; inconsistencias; múltiples yoos; antropología situacional; ambivalencia psicológica.

### **ABSTRACT**

The ambivalence, taken as the split of person in a multiple self, is a constitutive feature of human beings. Despite some theoretical approaches that have accepted this issue, sociology usually not to pay attention it deserves. This paper tries to systematize the fundamental sources of ambivalence (ontological, psychological, sociological and situational) and to highlight some of its (ontolo-

gical, epistemological and methodological) implications for sociology. The aim is to show that the assumption of ambivalence makes the sociological theories of human beings more realistic.

## KEY WORDS

Sociological ambivalence; inconsistencies; the multiple self; situational anthropology; psychological ambivalence.

## 1. INTRODUCCIÓN

*Claridad y distinción* son una inquietud permanente mucho antes de que Descartes los declarara principios necesarios del conocimiento científico. En el ámbito lógico-matemático, filosófico y científico la presencia de ambigüedades y contradicciones es una mancha negra en la investigación. Lo mismo ha sucedido en la comprensión del ser humano: suele molestarnos sentirnos ambivalentes y ver que otros también lo son. A esto tampoco ha escapado la sociología, hasta el punto de que, a pesar de las advertencias de Weber, a menudo nuestros conceptos, teorías y modelos han caído en la maldición procustiana cercenando la realidad para encajarla en nuestras ideas claras y distintas. En este sentido, es conocida la insistencia de Bauman (2005) de que la mente moderna se caracteriza precisamente por la búsqueda y preocupación por el *orden*, lo que supone una negación de lo incierto, de la contingencia y, sobre todo, un intento de *ocultar la ambivalencia*. La modernidad y sus construcciones científicas reflejarían, pues, una voluntad de poder, de construcción de un mundo unívoco, nítido y sin aristas; un mundo ordenado habitado por un ser humano ordenado, en el que surge el “extraño”, el otro que no tiene un contra-referente y por ello está condenado a ser “el en-medio”, el ambiguo (Aguiluz 2006, 2010<sup>1</sup>), y donde toda lógica es una lógica de la crueldad en la que la categorización que quiere exterminar la ambivalencia está impregnada de crueldad (Mèlich 2014). Para Bauman el fracaso de la modernidad expresa la imposibilidad de ese orden e incluso el hecho de que la ambivalencia es un subproducto de la búsqueda del orden: la modernidad es, de hecho, ambivalente en sí misma, contradicción entre lo que pretende superar y el miedo a retornar a lo superado. En esta encrucijada el ser humano bascula entre el turista y el vagabundo, según la comodidad o incomodidad en la vivencia de la ambivalencia.

En términos generales, las ciencias sociales nacidas en la modernidad han participado y tácitamente siguen participando de este proyecto, como algunas tradiciones epistemológicas han puesto de manifiesto desde hace al menos un siglo. Así, aunque en psicología social y en sociología (Calabro' 1997, Hillcoat-Nallétamby y Philips 2011) existe una tradición que ha considerado el problema de la ambivalencia, y aunque no pocas corrientes filosóficas modernas la asumen como presupuesto ineludible, ha sido especialmente en la literatura donde se ha reconocido sin disimulos la condición ambivalente de los humanos. Por ello, es

---

<sup>1</sup> Agradezco los comentarios de uno de los evaluadores anónimos externo por llamarme la atención sobre esta socióloga.

habitual sentirse más cerca de las imágenes del hombre propuestas por Dostoievski, Galdós, Hesse, Wilde o Zola, que de las científicas, claras y distintas, teorías de los sociólogos. La antropología literaria (Blanch 2005: 445) ofrece, junto a pintores y escultores, análisis más certeros de la condición humana. Siguiendo esa estela, pretendo reflexionar sobre las diferentes causas de la ambivalencia (Cf. §1) y extraer los compromisos ontológicos, epistemológicos y metodológicos que se derivan para la sociología (Cf. §2). Es un intento provisional y dubitativo, pero necesario, para construir teorías sociológicas que permitan comprender a los sujetos de carne y hueso en las que lo humano en su desquiciante ambigüedad no quede oculto, pero sin tener que asumir tampoco la conclusión posmoderna de que la ciencia es imposible. Ciertamente, desde al menos Simmel la sociología ha puesto de manifiesto rasgos ambivalentes, pero no se *ha construido de forma general una teoría de la ambivalencia*, en sus diferentes dimensiones. Por ello, la perspectiva aquí elegida es la interdisciplinariedad, puesto que cada vez se nos hace más evidente que el ser humano en su tragicómica complejidad es multidimensional, lo cual exige un esfuerzo de integración teórica desde diferentes disciplinas. Finalmente, la razón de la ambición teórica del artículo (son muchos y profundos los temas tratados en la segunda parte) radica precisamente en poner de manifiesto, aunque sea sucintamente, los compromisos de fondo que implica la aceptación de la ambivalencia humana como constitutiva. Así, pues, la hipótesis argumentativa del artículo es la siguiente: el hecho de la ambivalencia ontológica, sociológica y situacional tiene consecuencias importantes para la ontología social, la ontología humana, la epistemología y la metodología de las ciencias sociales.

## 2. CAUSAS DE LA AMBIVALENCIA

Defino la ambivalencia como *la escisión interior del sujeto que produce pensamientos, deseos, creencias y comportamientos contradictorios, manifestando una estructura multiyoica del sujeto*<sup>2</sup>. Esta ambivalencia antropológica general es el resultado de la complementariedad de tres diferentes fuentes de ambivalencia que se corresponden con los tres tipos habituales de explicación de los fenómenos conductuales: el biológico-genético (ambivalencia ontológica), el cultural (ambivalencia sociológica) y el ambientalista (ambivalencia situacional). Lejos de las erróneas interpretaciones que separan tajantemente los tres tipos de explicaciones, lo cierto es que hay un entrelazamiento bio-cultural, una co-evolución genes-cultura, que niega la extraña concepción de que pudiera separarse lo que es genético de lo que es socio-cultural, atribuyendo un peso específico de cada uno de ellos (Richerson y Boyd 2005, Pinker 2002: 542-550, Churchland 2012: 111-118). Una gráfica explicación de esta comprensión conjunta o interaccionista de genes-cultura nos la ofrece Dunbar et al. (2011: 40), al considerar que un pastel es el resultado de cocinarlo con determinados ingredientes (genes) dentro de un horno (ambiente-

---

<sup>2</sup> Aunque la ambivalencia no necesariamente puede llevarnos a una comprensión multiyoica —en sentido constitutivo— del sujeto, en este artículo postulamos la identidad entre ambos conceptos, como pondré de manifiesto en la segunda parte del artículo.

cultura), sin poder separar ambos del resultado final. Por tanto, aunque por motivos propedéuticos separamos los tres tipos de ambivalencia, es necesario advertir que por separado ninguno de los tres tendría sentido, puesto que son co-evolutivos, co-constructivos mutuamente.

I) *AMBIVALENCIA ONTOLÓGICA*. Incluye todas aquellas ambivalencias que filósofos y escritores han distinguido a lo largo de la historia de la reflexión sobre el ser humano. Son los dualismos comunes del pensamiento occidental: racional o emocional, inclinación al bien o al mal, tendencia a la veracidad o la mentira, actividad o pasividad, egoístas o altruistas, individuos o miembros de colectividades (ambivalencia del yo-nosotros), constitución natural y social, instintos de parentesco y tribales, etc. Al caracterizar a estos dualismos como *ambivalencia ontológica*, no introduzco ninguna afirmación esencialista o metafísica. Sólo pongo de manifiesto que estas disposiciones contradictorias tienen un amplio alcance *según el registro histórico disponible* y, por ello, han sido una constante que ha definido la *estructura de la realidad humana y social*. Son un rasgo previo a la macro-estructura y a la micro-situación, aunque sea un modo impropio de hablar, puesto que no existen rasgos independientes de su puesta en acción en concretas situaciones históricas. El carácter previo se refiere al sujeto individual (ontogenia): si la construcción cerebral procede de evolución filogenética, entonces las personas somos ambivalentes *antes* de que haya micro-situaciones donde manifestar esa ambivalencia. Sin embargo, el cerebro fue construyéndose como respuesta a micro-macro situaciones concretas, es decir, a posteriori (filogenia). Por ello, no es posible saber si existió un ser humano sin disposiciones neuronales contradictorias.

Si hasta recientemente la ambivalencia ontológica ha sido objeto fundamental de la reflexión filosófica y artístico-literaria, ahora es cada vez más explicable desde la biología evolutiva y la neurobiología. Nuestra estructura neuronal no es un simple canal hueco que sólo se “llena” a través de la socialización. La evolución filogenética del género homo y de los homínidos (de al menos 3 millones de años) y más ampliamente aun de los homínidos (incluyendo los simios) y todo el orden de los primates (incluyendo pro-simios y monos) ha ido gestando una arquitectura cerebral con mecanismos que introducen sesgos de contenido en los comportamientos humanos. Aunque algunos autores (Cosmides y Tooby 1992) defienden una arquitectura cerebral de modularización masiva, otros son más comedidos en el alcance y extensión de estos módulos, dentro de un complejo debate (Bullinaria 2007, Mundó 2006). No obstante, la ambivalencia ontológica no presupone necesariamente una modularización masiva, aunque sí una arquitectura “definida” del cerebro que introduce sesgos concretos. Ciertamente, de ser cierta la propuesta de la psicología evolutiva de modularidad masiva, supondría que cada sistema especializado tiene sus propios procesos de información, representaciones y objetivos, generando *contradicciones* que están contenidas ya desde la propia formación neuro-filogenética (Kurzban y Aktipis 2007), y siendo responsables de los comunes conflictos mentales propios del ser humano (Nesse y Lloyd

1992). Pero independientemente de ese debate, lo cierto es que las estructuras cerebrales nos inclinan tanto al egoísmo como al altruismo o permiten a la vez comportamientos racionales y emocionales, evaluaciones a corto o a largo plazo, conflictos entre los instintos de parentesco y tribal, entre el cuidado de uno mismo y el de los otros, etc. No somos naturalmente *sólo* egoístas o racionales, ni *sólo* altruistas o irracionales, sino las dos cosas a la vez y de modo irreductible. Aunque algunas arquitecturas cerebrales pueden ser más proclives (por genética o moldeamiento social) a la razón o la emotividad, al altruismo o al egoísmo, al pacifismo o la agresividad, eso no significa que haya un anclaje absoluto e inmovible en uno de los polos, a no ser por algún tipo de anomalía neurogenética. Por ello, en el ser humano hay un pluralismo motivacional irreductible a una sola causa (Tena Sánchez 2010, Boudon 2006). Aunque la sociología es a menudo alérgica a las influencias biológicas de la conducta, las nuevas investigaciones neurosociológicas nos obligan a introducir el aspecto evolutivo como una clave esencial de comportamiento social de los seres humanos (Franks y Turner 2013). Un claro ejemplo de esta ambivalencia biológicamente condicionada es el clásico “marcador somático” de Damasio (2006: 228), con el que se pone de manifiesto que las emociones son a la vez perjudiciales o beneficiosas en función de las circunstancias.

II) *AMBIVALENCIA SOCIOLÓGICA*. La ambivalencia ontológica está entremezclada con la sociológica y la situacional, en tanto que co-evolución los genes, la cultura y el ambiente. Sin embargo, son analíticamente diferentes. Este tipo de ambivalencia fue acuñado por Merton (1980a, 1980b, 1980c, 1980d, 1980e) para tratar con un conjunto de problemas diferentes del tradicional concepto de ambivalencia psicológica (Cf. *Infra*): explorar las formas en las que la ambivalencia está incorporada a la propia estructura social. Distinguió seis subtipos diferentes (1980a: 21-25):

1. Pueden existir expectativas conflictivas con carácter normativo y definidas socialmente para un determinado cometido social, planteando demandas contradictorias. Por ejemplo, las ambivalencias que se producen en los médicos o los científicos debido a los diferentes valores contradictorios que se exigen de ellos a la vez. Pero también casos menos conocidos como la ambivalencia en los inversores financieros entre actitudes fríamente racionales y sus comportamientos emocionales (Ampudia de Haro 2014). Así, un mismo sujeto debe interiorizar y actuar siguiendo expectativas que son irreconciliables, pero que están *normativizadas* para determinados roles: es ambivalente mantener posturas de empatía e implicación personal con un paciente, a la vez que de frío distanciamiento emocional, pero también que a un trabajador se le exija calidad y cantidad de forma simultánea.

2. Puede producirse ambivalencia cuando un sujeto sufre un conflicto de intereses por sus diferentes roles sociales. Por ejemplo, un individuo es juez y familiar del juzgado. En algunos casos la sociedad ha legislado para evitar

este tipo de conflictos, pero en muchos otros la ambivalencia queda al arbitrio del sujeto que la vive. Los intereses contrapuestos confluyen de manera que se produce una disonancia que más que eliminarse sólo puede justificarse una vez el sujeto ha tomado la decisión (susceptible de ser cambiante) de si debe seguir un tipo de intereses u otros. Las estrategias de juego social aquí son complejas, y a menudo se basan en la mentira, el fraude y la actitud maquiavélica.

3. Surge ambivalencia cuando hay conflicto entre varios cometidos asociados a un determinado rol, que exigen grandes cantidades de tiempo y energía, pero también a menudo de actitudes y valores diferentes. Por ejemplo, el profesor de universidad que debe enseñar, investigar, asistir a reuniones, cumplir con deberes administrativos, etc. Todo ello no es un simple problema de equilibrio de cronograma. En los diferentes cometidos entran en funcionamiento reglas del juego diversas que exigen estrategias normativas y de acción antagónicas: es el caso de la mujer escindida entre múltiples exigencias que requerirían un tiempo casi infinito para llevarlas a cabo (Cordoni 1993: 225) y quebrada entre lógicas de acción tan diferentes como las del mundo laboral y las del cuidado del hogar (Rivas y Rodríguez 2008: 19).

4. También es común que una persona reciba de su sociedad valores culturales contradictorios. Por ejemplo, sujetos que queriendo mantener valores de cuidado del planeta están, sin embargo, convencidos de que la realización personal se lleva a cabo a través de un consumo desmedido. También hay investigaciones que ponen de manifiesto las dificultades de las personas para interiorizar valores que exigen el cuidado a miembros de la familia impedidos, especialmente padres mayores, a la vez que socialmente otro conjunto de valores apunta hacia la independencia, la realización personal en el ámbito del ocio o del trabajo, etc. Los vínculos de familia y las complicadas relaciones entre personas de diferentes generaciones y con exigencias socio-psicológicas distintas vienen marcadas por las cambiantes figuraciones y desequilibrios de poder entre ellos, que producen ambivalencias muy fuertes: la llamada “ambivalencia intergeneracional” (Lüscher 2002, Connidis y McMullin 2002, Hillcoat-Nallétamby y Philips 2011).

5. Otra posibilidad de ambivalencia reside en la disyunción entre aspiraciones prescritas culturalmente y la estructura de oportunidad para realizar esas aspiraciones. Un ejemplo es descrito por Elias (1987: 50) y Goodwin y O'Connor (2006) como el “shock” que sufre el joven que fue alimentado con horizontes de futuro y anhelos que en su adultez no pueden ser realizados, y tendrán que ser reprimidos (Romero Moñivas 2013). Este “shock-ambivalencia” sólo se supera a medida que el joven inserto ya en la edad adulta genera justificaciones sobre lo que es la vida real y las fantasías absurdas de juventud: es un proceso de “envejecimiento social” —que ajusta aspiraciones a oportunidades objetivas contentándose con lo que se tiene—. Pero también emerge esta ambivalencia cuando a las clases inferiores se les ha

ilusionado con nuevas oportunidades de ascenso a través de la educación que, sin embargo, no llegan, generando una “prórroga constantemente renovada” entre el “verdadero yo” al que se aspira, y las ocupaciones reales que se consideran meras transiciones (Bourdieu 1998: 109, 142, 155).

6. Finalmente, la ambivalencia también emerge con el conflicto entre valores culturales diferentes en una persona que ha vivido y asumido principios distintos en culturas distintas, o cuando los sujetos se confrontan con personas de otras culturas (Tabboni 2007). En el primer caso, el sujeto queda desgarrado por sus diferentes socializaciones culturales, como las mujeres musulmanas que sienten a la vez la necesidad de adaptarse al nuevo entorno y ser fieles a sus tradiciones. En el segundo caso, la ambivalencia surge a través de los mecanismos de identificación-exclusión, aceptación-rechazo, del extranjero, del otro. Ambas ambivalencias culturales se producen en el caso particular de aquellos subgrupos estigmatizados (por raza, religión, sexo, etc.), de tal manera que los sujetos tienen una escisión interior: la procedente de sus rasgos propios y la de la visión de cómo deberían de ser según el grupo dominante (Powell 1996).

Estos son los seis tipos que distingue Merton, a los que yo añadiría, entre otros posibles, otros cinco que son también muy comunes en la literatura sociológica:

7. El primero se basa en el principio general de lo que Simmel (1986 II: 425-478) llamó el “cruce de los círculos”; es decir, las diferentes lealtades de los sujetos dependiendo de los círculos sociales a los que pertenecen, y que será más acusada en aquellas sociedades o periodos históricos que generen las condiciones apropiadas para la pluralidad intra-social. Los análisis de Moreno Pestaña (2010) sobre las trayectorias de mujeres en los trastornos alimentarios muestran que muchas de ellas se sentían prisioneras por los hábitos alimentarios de su hogar que impedían conseguir el cuerpo que deseaban para ser competitivas en el mercado sexual de otros contextos sociales. En otras ocasiones, la ambivalencia tiene que ver con la movilidad social intergeneracional de los “desclasados” o “tránsfugas”, que con sus nuevos estudios y empleos se encuentran a medio camino entre su antigua clase social —a la que pertenecen sus padres— y un “ascenso” a la clase media; o con la movilidad social descendente de la Francia de los años de hijos obreros procedentes de familias con el padre directivo, emergiendo mezclas ideológico-políticas (Peugny 2006) y problemas de lealtades alternativas.

8. Hay otra fuente de ambivalencia asociada a la movilidad intra-generacional que no tiene que ver con lealtades contradictorias, sino con la experiencia de un cambio de estatus en el sujeto, que le resulta extraño para sí mismo. Este tipo puede ser aplicado a aquellos sujetos que han sufrido una “degradación de estatus”. Es un proceso socialmente inducido por otros, a través de rituales de culpa y vergüenza, que produce una transformación en el sujeto degradado (Garfinkel 1956: 421-422), sin que pueda asumir esa nueva identidad,



manteniéndose en quiebra entre el nuevo yo y el antiguo. Pero el mecanismo que desencadena la ambivalencia puede ser, también, el contrario, es decir, el ascenso en estatus, como muestra el conocido “síndrome del impostor”, que se diagnosticó originariamente entre mujeres con éxito formativo y profesional, pero que puede ser descubierto en personas de ambos sexos y por motivos diferentes (Langford y Clance 1993). El que se siente impostor experimenta una ambivalencia angustiosa entre los éxitos actuales, sus méritos objetivos y sus autoevaluaciones personales, generando quiebras interiores.

9. Otro tipo de ambivalencia semejante al anterior, pero significativamente distinto, tiene que ver con el cambio de “estado social” de una persona a lo largo de su biografía. Transiciones como pasar de estudiante a trabajador, de soltero a casado, de ser una pareja sin hijos a otra con hijos, de estar emparejado a quedar soltero, divorciado o viudo, son circunstancias que se viven en medio de escisiones identitarias entre el estado pasado y el nuevo (ambos con sus aspectos positivos y negativos). No es casual que precisamente los “ritos de paso” tradicionales, especialmente los de iniciación, se hayan considerado como una mutación ontológica o re-creación (J. Ries), como una suerte de nuevo yo que suplanta el anterior (Cabada Castro 2009: 29-34).

10. Otra fuente de ambivalencia reside en la quiebra que se produce en el sujeto en los procesos traumáticos de “conversión”, en el sentido amplio de la palabra: es decir, cambio de ideas, de valores, de orientaciones, de ideologías. La ambivalencia se produce cuando el sujeto no puede consumir fácilmente la transición a su nueva cosmovisión, debido a que los antiguos correligionarios la conciben como una traición, mientras que los nuevos le consideran un recién llegado. La diferencia con el tipo 8 radica en que aquí, estrictamente, no se produce necesariamente un cambio en el “estatus objetivo o subjetivo” de la persona, sino sencillamente que el converso se siente prisionero de diferentes percepciones sobre su conversión que no le dejan ni volver atrás ni consumir el proceso de cambio. Aunque con un nivel de reflexión y elaboración conceptual que no suele encontrarse en las personas comunes, las agónicas confesiones de Unamuno en su *Diario Íntimo* (1996) pueden iluminar este tipo de ambivalencia.

11. Finalmente, otra causa de ambivalencia sociológica reside en las diferentes orientaciones de las personas dependientes de factores socio-demográficos que les empujan en direcciones distintas. En las preferencias de voto se ha puesto de manifiesto que existen dos alternativas diferentes: las divisiones sociales cruzadas y las polarizadas. Las primeras suponen que todos los rasgos socio-demográficos y las distintas socializaciones tienden hacia el mismo punto, y el sujeto considera que sus acciones y comportamientos fluyen naturales, lo que no produce ambivalencias. Sin embargo, las segundas, por el contrario, supondrán obstáculos a la hora de tomar decisiones y generarán ambivalencias angustiosas, sin poder resolverlas satisfactoriamente, ya que diferentes rasgos socio-demográficos le empujan a vías alternativas. En este

mismo sentido, podría entenderse la clásica crítica lanzada por Gouldner (1973: 57-63) a las contradicciones de los sociólogos entre sus a menudo grandes poderes adquisitivos de catedrático y sus teorías sobre desigualdades o revoluciones, o entre sus teorías sobre la libertad y la participación y su conducta autoritaria con alumnos y colegas.

III) *AMBIVALENCIA SITUACIONAL*. Podemos imaginar un mundo ideal en el que no existieran ambivalencias sociológicas: una sociedad estrictamente homogénea y en la que el sujeto no sufriera ninguna transformación de su estado, ni conversiones, ni nada que exteriormente le produjera ambivalencia a lo largo de su vida. Sin embargo, la ambivalencia que he denominado “situacional” es inevitable, puesto que se fundamenta en la propia ambigüedad objetiva de las situaciones sociales y su poder sobre las personas. Se encuadra dentro de las explicaciones ambientalistas, aunque en este caso me limito a ejemplos de ambivalencias micro-situacionales. Aunque también deriva de la estructura social, se diferencia de la anterior en que en este caso la fuente de la ambivalencia reside en la estructura de la micro-situación, y por tanto depende de la configuración concreta que en *ese momento* rodea al sujeto y cómo le afecta dependiendo de las cambiantes evaluaciones que hace de sus objetivos personales. Es el tipo de ambivalencia que ha hecho más famosos los análisis sociológicos de Simmel (Robles 2000, Segre 1994). Ilustraré lo que entiendo como ambivalencia situacional con algunos ejemplos.

1. Las situaciones sociales entremezcladas con artefactos tecnológicos son las más evidentes (Romero Moñivas 2015). Dos ejemplos clásicos tienen que ver con la ambivalencia ampliación-reducción de todo artefacto. Cuando una persona está obligada a usar un objeto que amplifica una determinada parcela del mundo, a la vez está constreñida a dejar pasar inadvertida otra. El surgimiento de los relojes mecánicos y su implacable regulación del tiempo social (Mumford 1979, Castillo 1997) coadyuvaron a la ampliación de la eficacia organizativa de las sociedades complejas, pero al coste de reducir la flexibilidad y espontaneidad de la vida social. También Sennet (1994) indicaba que los actuales sistemas de transporte rápidos, que tienen como objetivo facilitar la velocidad de movimiento hacia el destino, impiden a las personas que viajan en ellos recrearse en el paisaje.

2. La ritualización, formalización o protocolización de las situaciones sociales también es constitutivamente ambivalente. En los rituales cortesanos la ambivalencia era evidente, puesto que el ritual era a la vez una carga y un símbolo de distinción. El *sometimiento* a los rituales formales no era cosa exclusivamente de las clases inferiores, también las superiores dependían de su mantenimiento, aunque no les gustara; de modo semejante a las extravagancias en ocio y consumo de la clase ociosa, a menudo arruinada por mantener su estatus ostentoso (Veblen 2004). En estas situaciones sociales el sujeto siempre tendrá evaluaciones ambivalentes, dependiendo de las exigencias

del momento: una persona que busque flexibilidad creativa rechazará toda procedimentalización, aunque quizá unos minutos después la defiende como modo de evadir la responsabilidad en sus errores, escudándose en que “simplemente seguía el protocolo”.

3. Un caso significativo de ambivalencia situacional tiene que ver con la dualidad pueblo-ciudad: las primeras mujeres que comenzaron a trabajar en las fábricas en Estados Unidos, dejando su entorno rural, encontraron apreciaciones ambivalentes inevitables en sus nuevos modos de vida: existían enormes restricciones en el estricto cronograma de la vida fabril, pero, a la vez, esa nueva existencia les abría cotas insospechadas de libertad y autonomía lejos de sus orígenes familiares, caracterizados por el sometimiento de la mujer y la monotonía (Dublin 1981). Lo que Goffman llamaba “desatención cortés” propia de las grandes urbes, permite al sujeto disfrutar de una disminución de los controles sociales al precio de sentirse desvalido en otros momentos. Al contrario, en el ámbito rural “se conjugan en la misma vida ese sentido solidario por similitud y el tradicionalmente aceptado individualismo campesino, la desconfianza respecto a sus mismos convecinos, verdadera y nítida manifestación de la misma estructura social intensamente controlada por el mismo pueblo” (Sánchez Jiménez 1975: 12, Lefebvre 1971).

4. Un ejemplo sugerente de situación ambivalente se refiere a la evaluación social de la luz y la oscuridad, considerada como el momento en el que acechan peligros, miedos, incertidumbres, robos, asesinatos, etc., pero también en el que las personas están abiertas a visiones, a los juegos, a los sueños, a la contemplación, al erotismo, a la reunión familiar, etc. (Staudenmaier 1996 y 2005, Romero Moñivas 2011).

5. La ambivalencia de la libertad y la igualdad es un clásico del pensamiento social y político. Menos conocido para los sociólogos es la que atraviesa los sistemas de elección (Simmel 1986: 201-21, Boudon 2006: 152-154). Así, el sistema de unanimidad —catalogado también como de “derecho a veto”— otorga al “individuo” un poder mucho mayor que el sistema de mayorías, donde el voto de una persona es menos decisivo; pero mientras el segundo es más rápido, el primero puede conducir a bloqueos irresolubles. Una persona que se niegue a aceptar una determinada decisión puede hacer paralizar la búsqueda del consenso, no aceptando decisiones que ella no asume como propias (como sí ocurre en los sistemas mayoritarios). En la práctica, el sujeto se encontrará ante una evaluación ambivalente de ambas reglas, dependiendo del contexto situacional en el que se encuentre y con el que se vea favorecido o perjudicado.

6. Algo semejante ocurre en la común experiencia de la ambivalencia entre objetivos a corto plazo y a largo plazo y las exigencias conductuales que implican. Es bastante plausible que ambos tipos de evaluaciones se localicen en subsistemas dentro del cerebro debido a las ventajas evolutivas de ambos

tipos de evaluaciones (Kurzban y Aktipis 2007). Por ello, esta ambivalencia situacional encuentra un claro reforzamiento en la propia estructura biológica. Por ello habitualmente se encontrarán escindidos entre comportamientos que exigen auto-controles con vistas a resultados a largo plazo y otros en los que se exige el abandono a la propia situación presente.

7. Finalmente, la situación social de servidumbre o esclavitud es ambivalente dependiendo del punto de vista desde el que se lleve a cabo cada evaluación, como prueban las opiniones ambivalentes de William Tayler, un lacayo del siglo XIX (Musson 2010: 5). En muchos casos los sirvientes entraban en una casa desde niños y morían dentro de la misma familia, por eso era frecuente que los siervos recibieran partes generosas de la herencia de su señor. En el mismo sentido apunta la ambivalencia de la situación de los siervos de la gleba propios del feudalismo, que aun viviendo en régimen de servidumbre, tenían como contrapartida la protección paternalista de su señor, algo que no sucedía en su más libre vida en la fábrica (Hobsbwan 1987); lo que nos recuerda la común experiencia del síndrome de Estocolmo.

### 3. IMPLICACIONES DE UNA TEORÍA DE LA AMBIVALENCIA PARA LA SOCIOLOGÍA

Una vez puesto de manifiesto el *hecho* de la ambivalencia en su generalidad, es importante destacar algunos de los compromisos teóricos que esta ambivalencia exige a las ciencias sociales, en concreto a la sociología. Aunque no es posible ahondar en cada una de ellas, trataré de sentar las bases esenciales de las más importantes implicaciones.

#### 3.1. ONTOLOGÍA SOCIAL

§I.I. TEORÍA DEL CONFLICTO. La ambivalencia implica que la sociedad es un campo de fuerzas relacionales en continua tensión, negociación y lucha. Cuando se presupone una visión armónica de la sociedad, la ambivalencia —con la que ineludiblemente habrá que enfrentarse en la investigación empírica— será condenada a una disfunción de sujetos infra-socializados. Ahora bien, si aceptamos la distinción de Kerbo (2003: 80-85) de la teoría del conflicto, entre la orientación marxiana y weberiana, la ambivalencia nos sitúa más cerca del pesimismo realista de Weber que del optimismo precipitado de Marx. El reconocimiento de la ambivalencia refuerza la consideración de que el conflicto no es *únicamente* una consecuencia de un maligno e injusto orden que puede ser superado, sino como el modo en que inevitablemente funcionan ciertos mecanismos y procesos sociales. Es posible imaginar un momento en el desarrollo biológico y tecnológico en el que los seres humanos sean

cualitativamente diferentes. Las utopías clásicas y modernas sueñan con un ser humano sin rastro de ambivalencia viviendo armónicamente consigo mismo y con los demás. Ahora bien, la crítica a esas utopías ha puesto de manifiesto las no menos esperpénticas consecuencias distópicas de un ser humano así robotizado y, por lo mismo, ya no propiamente *humano*.

§I.2. TEORÍA DE LA AMBIVALENCIA Y SOCIODICEA. Esta inevitabilidad de la ambivalencia y del conflicto supone una *explicación* parcial del mal moral (frente al metafísico y al físico leibniziano) como resultado de cadenas de ambivalencias humanas que se entrecruzan en puntos donde emergen males y sufrimientos. La sociodicea —como su hermana mayor la teodicea— tiene una triple función: explicar y justificar (Giner 2014), pero también consolar. Cada una de esas funciones exige y se apoya en presupuestos argumentativos diferentes: la explicación en el razonamiento científico, la justificación en componentes ideológicos, y el consuelo en emocionales-afectivos. Ello implica que hay que distinguir entre el mal como *problema resuelto intelectualmente* (explicación) y como *no-resuelto existencialmente* (justificación y consuelo). Por ello, asumir la ambivalencia no implica una sociodicea, porque la explicación de la ambivalencia no supone una justificación ideológica ni un consuelo emocional y, por ello, no exime del discernimiento crítico de lo injusto.

§I.3. ONTOLOGÍA MACRO-MICRO. La ambivalencia también tiene implicaciones para las relaciones micro-macro. El presupuesto fundamental que defiende es una *ontología monista no reduccionista o de aspecto dual*, que permite hacer justicia a ambos polos de la realidad, pero sin caer en un peligroso realismo que sugiriera que existen fenómenos macro al margen de su re-actualización, activación y *real-ización* a través de los comportamientos micro-situacionales de los sujetos. Las reglas macro-sociales son reales *porque* los sujetos las activan y las reproducen en sus micro-encuentros. Esto supone una doble causalidad: la ascendente (*bottom-up*) y la descendente (*top-down*). La primera implica que lo micro constriñe los procesos macro-sociales, porque estos son siempre una extensión temporal y espacial de rituales que llevan a cabo sujetos en micro-situaciones. Las propiedades emergentes de las configuraciones macro no pueden prescindir de los componentes micro ni “contradecir” las propiedades del nivel inferior. Pero, a la vez, las reglas de los macro-procesos constriñen los micro-encuentros cotidianos de las personas. Lo mismo sucede con la ambivalencia: siempre es vivida y experimentada por los sujetos en medio de micro-situaciones concretas y cotidianas, aunque sus causas reales, no reducibles a los individuos, puedan tener una procedencia macro (evolución filogenética de las estructuras neuronales, expectativas sociales estructuradas, meso (conflictos institucionalizados en medio de organizaciones, grupos, familias, etc.) y micro (evaluaciones cambiantes de las micro-situaciones). Las redes neuronales ambivalentes o las ambiguas situaciones sociales lo son independientemente de los sujetos, pero sólo a través de ellos pueden *realizarse*.

### 3.2. ONTOLOGÍA HUMANA

§II.1. EL CARÁCTER *MULTI-YOICO* DEL SER HUMANO. La primigenia implicación para la ontología humana se refiere a la cuestión de si realmente existe un sujeto unitario, una entidad *uniyoica* con una identidad homogénea, o si, por el contrario, los seres humanos somos entes *multiyoicos*. Simmel (2002: 86, 104) reconocía que “el ser humano en su integridad es, por así decir, aún un complejo no formado de contenidos, fuerzas, posibilidades y, a partir de aquel, según las motivaciones y relaciones de la existencia cambiante, se configura de manera diferenciada y delimitada”. El grado de ambivalencia depende de las condiciones socio-históricas que rodean al sujeto, es decir, de “los principios de coherencia de socialización a los que se ha visto sometido” (Lahire 2004: 46), que la favorecen o la inhiben. En sociedades ágrafas o en grupos pequeños en los que el control social es muy intenso y se castiga la incoherencia (Simmel 1986, I: 65), el grado de ambivalencia es mucho menor que en las sociedades modernas. Pero a la vez, *la tolerancia* a esa ambivalencia y contradicción son resultado también de diferencias culturales, como se muestra en el mayor alto grado de tolerancia en los países asiáticos (chinos, japoneses, coreanos, etc.) que en los occidentales, debido a que en los primeros domina el pensamiento dialéctico (flujo, cambios, contradicciones) frente a la lógica más fijista, lineal y no contradictoria de los segundos (Spencer-Rodgers, Williams y Peng 2010).

Sin embargo, siempre habrá alguno de los subtipos de ambivalencia que inevitablemente afecten a las personas. La absoluta unidad del yo es una quimera irrealizable o una propaganda ideológica. Lo que se cuestiona aquí no es que haya diferentes grados de ambivalencia o que el carácter *multiyoico* sea mayor o menor dependiendo de sus condiciones socio-históricas de producción del sujeto. El problema es de alcance ontológico: tal como se nos presenta el ser humano en su actual evolución bio-neuro-social, no puede existir un individuo *esencialmente* uniyoico. No obstante, para no incurrir en confusión conceptual, prefiero distinguir entre *individuo/sujeto*, que es la entidad empírica de carne y hueso de la que está constituida la sociedad; la *persona* que es la atribución simbólica que emerge del propio hecho de existir un individuo y que es lo que llamamos dignidad personal; el *yo/yoes*, que es el principio de acción —no substancial—, es decir, son las concreciones múltiples que tiene un individuo, agrupando en cada yo un conjunto de disposiciones, creencias, deseos, preferencias, etc. (es decir, una “gramática” en el sentido de Steiner) diferentes en cada yo, generando en torno de sí diferentes identidades personales; finalmente, la *personalidad* es la gestión o estructura concreta que toman los diferentes yoés del sujeto y que le caracterizan con un determinado nivel de estabilidad. Ciertamente las auto-creencias que constituyen la identidad de los individuos pueden explicar suficientemente las razones de los actos (Aguiar 2014); pero el problema es que el individuo no tiene un sólo y coherente conjunto de auto-creencias (un sólo yo), sino una pluralidad de yoés que se activan dependiendo de la situación en la que se encuentra.

§II.2. LA AMBIVALENCIA PSICOLÓGICA. Aunque en una primera versión del artículo la incluí junto a la ontológica, sociológica y situacional, lo cierto es que propiamente hablando la ambivalencia psicológica no es una “causa”, sino una “manifestación psíquica” (por tanto, una consecuencia en el nivel de la ontología humana) causada bien por la ambivalencia ontológica o por las sociológica y situacional (Cf. Infra).

El concepto de ambivalencia psicológica se inicia con el estudio clásico *Vortrag über Ambivalenz* del psiquiatra Eugen Bleuler, concebida en un sentido patológico, al considerarla uno de los cuatro rasgos de los individuos esquizofrénicos. La definió como “la tendencia a dotar a los más diversos psiquismos con un indicador positivo y negativo al mismo tiempo” (Raulin y Brenner 1993: 201). Freud utilizó el concepto para explicar la condición en que los instintos opuestos de vida y muerte buscan ser realizados en el mismo individuo, cuando ambos instintos reaccionan ante un mismo objeto-sujeto: piénsese por ejemplo la ambivalencia ante el tabú, ante lo sagrado. Por ello, a diferencia de Bleuler, la ambivalencia para Freud es un estado normal de cualquier relación, y sólo en determinadas circunstancias puede considerarse patológica (Ibid.: 203-205). Además, Bleuler distinguió en la “ambivalencia” tres grandes direcciones: la *afectiva* supone que un individuo atribuye a un sujeto o a un objeto a la vez sentimientos negativos y positivos; la *volitiva* emerge cuando un sujeto desea y no desea hacer algo al mismo tiempo; la *intelectual* surge cuando una idea y su contraria se aparecen al sujeto. Estas tres ambivalencias recogen lo esencial de lo que la psiquiatría y la psicología han venido investigando desde entonces.

Dentro de esta “ambivalencia actitudinal” se ha distinguido una orientación “objetiva” y “subjetiva”: la *objetiva* es la presencia concreta y real de reacciones evaluativas diferentes hacia humanos, objetos o ideas. Este tipo de ambivalencia se mide a través del método de Kaplan, que sustituyó el tradicional continuo bipolar por dos escalas de medida unipolares de la actitud relativamente positiva y negativa. La *subjetiva* hace referencia a la *experiencia psicológica* que el individuo vive y sufre, es decir, los sentimientos de confusión, auto-contradicción y aflicción. Inicialmente estas dos orientaciones eran consideradas como las dos caras de un mismo constructo. Pero las investigaciones empíricas han mostrado que no son equivalentes ni correlacionan de forma perfecta, ni que la ambivalencia objetiva sea un elemento siempre fiable de predicción de la subjetiva: es habitual que muchas personas se sientan subjetivamente más ambivalentes de lo que de hecho una escala de medición objetiva revela, o a la inversa, algunas no sienten angustia subjetiva aunque, de hecho, muestran actitudes contradictorias en una escala objetiva (Durso 2013, Jonas et al. 2000). La bibliografía actual revela algunas de las causas que pueden explicar la ambivalencia subjetiva: por ejemplo, personas que tienen una preferencia alta por la consistencia y coherencia suelen mostrar una relación más fuerte entre ambivalencia subjetiva-objetiva; incluso esta relación es más fuerte aun cuando las reacciones dominantes y las conflictivas son más accesibles o se mantienen con el mismo grado de certeza, o cuando una decisión respecto a

una actitud es inminente; pero también hay factores interpersonales, como la posesión de actitudes que difieren de las de nuestro grupo de referencia, que aumentan la ambivalencia subjetiva respecto a la objetiva, o las actitudes que los sujetos tienen actualmente y las que les gustaría tener (DeMarre et al. 2014). En otros casos deriva de la clásica pugna entre nuestros “yoes” ideales y los “yoes” reales (Cf. Romero Hernando 2010: 112), que tanto ha fomentado la literatura de auto-ayuda como búsqueda de un yo con éxito (Ampudia de Haro 2010), lo que no deja de ser un intento de auto-gestión de la ambivalencia. Otros enfoques de investigación, como la disonancia cognitiva de Festinger, muestran que las personas no buscan la consistencia, sino más bien la racionalización de las inconsistencias (López Sáez 2009: 189), a través de tres alternativas: añadir nuevos elementos consonantes con la conducta realizada, aumentar la importancia de los elementos consonantes o quitar importancia a los elementos disonantes. Por ello, en realidad los individuos, muy a menudo, producen legitimaciones a posteriori de sus actos, sin eliminar realmente la ambivalencia, sino justificándola.

### 3.3. EPISTEMOLOGÍA

Unas ontologías social y humana así consideradas tienen implicaciones epistemológicas relacionadas con lo que puede ser o no conocido científicamente:

§III.1. LAS “AFFORDANCES” DE LA SITUACIÓN. La teoría de la ambivalencia se sitúa en el marco de una sociología situacional (Giner 1997, Collins 2004, Hedström, Swedberg, Udèhn 1998). A pesar de reconocer los micro-fundamentos de gran parte de los fenómenos sociales (Noguera 2003), de ahí no se deriva que la elección metodológica única y exclusiva de la sociología tenga que ser siempre y en todo momento el *sujeto intencional*. Lo importante es el marco estructural de la situación dentro de la cual emerge la posibilidad de la ambivalencia: la evolución neuro-filogenética, las contradicciones psicológicas, la velocidad de un avión o las expectativas contradictorias normativizadas son irreducibles al sujeto. Ciertamente es el individuo quien evalúa esas situaciones como ambivalentes y quien las realiza, pero con ello el sociólogo no gana nada en *comprensión* y además puede recaer en un idealismo subjetivista, que parecería que todo fenómeno tiene su causa en el sujeto intencional. Para el sociólogo lo importante no sólo son las prácticas finales (ambivalentes o no) del sujeto, también cómo la estructura misma de la situación permite o no la emergencia de la ambivalencia y cómo el sujeto se enfrenta a ellas, no de forma pasiva, sino a través de la continua negociación y renegociación consigo mismo y los otros.

El análisis situacional tiene un poderoso instrumento en el clásico concepto de “affordances”. Por ejemplo, los estudios neurológicos muestran que la sola visualización de un objeto activa los componentes motores de acciones posibles



hacia él, independientemente de la intención de los sujetos (Grèzes et al. 2003, Tucker y Ellis 2004). Las “affordances” son estas posibilidades virtualmente ofrecidas por el objeto y que están en relación incluso con su orientación espacial (Symes 2007). Aplicado a la teoría de la ambivalencia, la importancia de las *affordances* radica en que un análisis sociológico debe poder detectar las virtualidades ambivalentes de cada situación (la estructura objetiva de la situación) a las que luego deberá hacer frente el sujeto de forma estratégica (la apropiación subjetiva de la situación).

Hay dos definiciones de las *affordances* que resultan útiles: para la primera son todas las posibilidades de acción *virtualmente posibles* permitidas por el ambiente/objeto/situación, mientras que la segunda matiza que son posibilidades de acción de las que *el sujeto es consciente*. Para la sociología las dos direcciones son necesarias: la primera exige un análisis situacional que desentrañe las estructuras objetivas de las diferentes situaciones, independientemente de que el sujeto sea consciente o no de las posibilidades contradictorias. La segunda implica un análisis de la apropiación subjetiva de la situación que permitirá explicar por qué en la misma situación, con las mismas *affordances* “objetivas”, un sujeto puede experimentar subjetivamente la ambivalencia y otro no: por ejemplo, que unos hayan sido socializados de forma más estricta en la idea de coherencia y unicidad personal; que los rasgos propios de un sujeto le hagan más consciente de las *affordances* contradictorias mientras que otro quede ciego para ellas; que un sujeto esté imposibilitado por deficiencias físicas, psíquicas o culturales para valorar seriamente la posibilidad de actuar ambivalentemente siguiendo otras *affordances* diferentes. Por ejemplo, es poco probable que un ciego de nacimiento sienta ambivalencia respecto a la ambigüedad propia de la luz-oscuridad, que un niño experimente angustia ambivalente por no saber si elegir conducir un coche para llegar rápido o ir caminando para disfrutar del propio viaje, o que un nacido y madurado bajo una dictadura sea capaz de escindirse entre sistemas de votación diferentes. La ambivalencia no es un concepto estático y unívoco, sino que es dependiente de factores cambiantes, internos y externos al sujeto.

§III.2. HACIA UNA ANTROPOLOGÍA SITUACIONAL. Ahora bien, la consecuencia más importante para la sociología es que si el ser humano tiene múltiples voes ¿es el sujeto incognoscible? La respuesta es en sí misma ambivalente: sí y no. Por un lado, tiene razón la antropología filosófica en que el ser humano es esencialmente indefinible e inobjetivable (Cabada Castro 2005), puesto que cada uno somos una presencia elusiva, un centro de tensiones y disensiones internas, incognoscibles incluso para nosotros mismos. Sin embargo, las ciencias sociales han mostrado una gran capacidad predictiva de las prácticas humanas, lo que refleja un conocimiento científico serio. ¿Cómo es posible que seamos multiyoicos y, sin embargo, en principio bastante predecibles? Para explicar esta paradoja quisiera utilizar —con todas las sugestivas potencialidades y evidentes limitaciones— la idea de la mecánica cuántica de la superposición de estados.

Es sabido que la mecánica cuántica no trata, como la clásica, de un conjunto de cuerpos o corpúsculos dotados de magnitudes físicas, sino de un cierto “sistema cuántico” (electrón, átomo, etc.), dotado de diversos “estados” (por ejemplo, “las órbitas S, P, ...” del electrón del átomo de hidrógeno), que son matemáticamente descritos mediante los correspondientes “vectores de estado”,  $|A\rangle, |B\rangle, \dots$ , o mediante “funciones de ondas”,  $\psi_A(x), \psi_B(x)$ . Además, el *principio de superposición cuántica* implica que una misma partícula, o un estado cuántico, puede estar indeterminado, es decir, como flotando sin definición en relación a diferentes valores de una variable o propiedad del sistema: por ello se dice que un sistema en superposición está al mismo tiempo en muchos estados (porque son posibles) y en ninguno (porque no se ha comprometido con ninguno). Cuando, por ejemplo, una partícula en superposición se realiza “eligiendo” uno de sus estados posibles se produce el “colapso” de la función de onda de esa partícula<sup>3</sup>.

Pues bien, utilizando esta imagen de modo puramente metafórico, una teoría de la ambivalencia supondría que cada individuo es una suerte de “sistema en superposición multiyoico” en el que se encuentran superpuestos una multitud de principios de acción que hacen de él un sujeto escindido. A pesar de la dificultad de verificación empírica, este sistema multiyoico actúa como un *postulado* que me parece que permite comprender mejor la complejidad del ser humano que una sociología basada en la unidad homogénea del sujeto a la *Parsons*, que tampoco puede ser empíricamente verificada. Ahora bien, este sistema en superposición es un estado que no permitiría el desarrollo normal de una vida humana. La concreta vida cotidiana de un sujeto consiste en el colapso continuo del paquete de ondas del sistema multiyoico a través de determinadas elecciones que definen como *real* uno de esos múltiples yoes. El *colapso* en un sólo yo puede ser producto del propio sujeto o del investigador. El segundo lo explicaré en el epígrafe de implicaciones metodológicas. Respecto al colapso dependiente del individuo, aventuro tres mecanismos esenciales —mutuamente relacionados y co-evolucionados— que lo permiten, relacionados con los tres tipos de explicaciones, biológica, cultural y ambientalista:

(a) *Colapso constrictivo*. En primer lugar, existe la posibilidad de que el yo dominante de un sujeto emerja constrictivamente por motivos bio-neurológicos que le hagan difícil de controlar la posibilidad de gestionar sus multiyoes. Por supuesto, enfermedades como el trastorno de personalidad múltiple o trastornos bipolares son casos extremos de este tipo de colapso. Aun dentro del ámbito de la enfermedad las fobias, la depresión y otras enfermedades neuropsicológicas, como los conocidos daños en el lóbulo frontal son responsables de estos colapsos uni-yoicos constrictivos en el nivel de lo biológico. También existen circunstancias en las que aunque el papel activo del sujeto es mayor en el inicio de los trastornos, una vez creados son poderosas fuerzas que actúan como colapsadores constrictivos, generando además fuertes conflictos intra-psíquicos

---

<sup>3</sup> Agradezco a Manuel G. Doncel sus precisiones indicaciones físicas

en los sujetos que luchan por imponer otros yoes: me refiero en este caso a adicciones a las drogas, el alcohol, el tabaco, etc., que producen manifestaciones uni-yoicas con un carácter tan apremiante que el sujeto se siente arrastrado por un yo que quizá no quisiera ser. Pero también entran dentro de este colapso los rasgos de personalidad que los psicólogos clasifican en “introvertidos-extravertidos”, “neuróticos-estables”, “indiferentes-abiertos a la experiencia”, “simpáticos-hostiles”, “concienzudos-irreflexivos”. Estas dimensiones son heredables y entre el 40-50% de la varianza de una población se explica por la influencia genética (Pinker 2002: 88). No obstante, como ya indiqué al comienzo, lo genético no tiene una influencia determinista en un vacío cultural ni situacional, pero ciertamente son rasgos que pueden generar colapsos más constrictivos en el nivel biológico que otros.

(b) *Colapso situacional*. En segundo lugar, y en relación con las explicaciones ambientalistas, la propia estructura objetiva de la situación a menudo “exige” un determinado tipo de yo que obliga al sujeto a colapsar (consciente o inconscientemente, en el caso de disposiciones pasionales activadas de manera cuasi refleja o de hábitos cableados en el cerebro) dentro de su multitud de yoes y disposiciones los que encajan mejor con la situación concreta. Las *affordances* de una situación no tienen siempre el mismo peso en la estructura objetiva: algunos se destacan por encima de los demás demandando un tipo de yo concreto, que el sujeto analizando la situación desde otro yo diferente puede o no querer manifestar en esa situación, generando o no ambivalencia, dependiendo de la amplitud del repertorio de yoes de que dispone. El colapso situacional suele hacerse dentro de un cierto vacío de información sobre los parámetros de la situación, lo que permite la incertidumbre de acción y la emergencia de la ambivalencia, como ocurre en las prácticas éticas (Mèlich 2010) o en lo que la tradición religiosa ha llamado “discernimiento”. En este sentido, es significativo que Mead, quien incluso llega a aceptar como normal la personalidad múltiple (1982: 174-175), termine por considerar el “yo” como la reacción incierta del sujeto al “mí” (a la situación) que le plantea el problema. Por ello, el “yo” siempre tiene algo de imprevisible e incluso de construcción a posteriori (1982: 204-205).

Así, pues, la estructura de la situación puede tener ese poder objetivo de atraer hacia sí (de activar) a yoes con prácticas y disposiciones concretas, que a menudo son comunes a varios de los yoes del sujeto. Esta exigencia objetiva explica el hecho de que a veces aceptemos el poder de la situación, incluso aunque contradiga otras disposiciones (a menudo más valoradas por el sujeto) o que nos neguemos a aceptarlas por miedo a la experimentación de una ambivalencia subjetiva juzgada insoportable. En este mecanismo objetivo se encuentra en gran medida el problema tradicional de la libertad situacional y sus márgenes cambiantes (Romero Moñivas 2014, Simmel 1986, I: 148-149). Las *affordances* de la situación impelen al sujeto, dentro de determinados contextos situacionales, a colapsar su paquete de yoes en un único yo, generando costosas ambivalencias que pueden ser o no asumidas por él, a través de un proceso

de negociación interna (consigo mismo) y externa (con los otros). De hecho, los estudios empíricos muestran que las personas tienen cierta unicidad yoica asociada a concretas situaciones, en tanto que pluralidad multiyoica a lo largo de situaciones diferentes, lo que explica la conciencia de que hay un único yo coherente y homogéneo (McConnell 2011). Esto permite explicar y predecir con cierta probabilidad los comportamientos, actitudes y otro tipo de prácticas tal como viene haciendo la sociología desde sus inicios. Las *affordances* no son infinitas y, por ello, una vez conocidas por acumulación de investigaciones las posibilidades más comunes de la vida social, los sociólogos han podido establecer mecanismos de explicación causal muy rigurosos. Es precisamente por ello por lo que las abstracciones, modelos, tipos ideales, etc. tienen una capacidad predictiva-explicativa poderosa, aunque a costa de la simplificación de la *vida real* de los sujetos, de sus “yoes” negociados<sup>4</sup>.

(b) *Colapso relacional*. Finalmente, más en relación con las explicaciones culturales, este está en dependencia directa de los “otros” sujetos y permite explicar la estabilidad de determinados yoes o el modo de estructurarlos (personalidad), puesto que reside en un mecanismo sociológico clásico y con probable base filogenética: la búsqueda de “aprobación” de los otros y los “sesgos” en la toma de decisiones (Castro Nogueira 2009, 2012; Richerson y Boyd 2005). En el mismo fundamento se apoya Collins (2004, 2008, Cf. Romero Moñivas 2013b) y su teoría de los rituales de interacción y los réditos en forma de Energía Emocional que recibe un sujeto que se siente en el centro de un ritual, fortaleciendo un tipo de yo, situacionalmente ajustado, gracias a la aprobación que los otros hacen de su elección. Aunque en clave sociológica, esta concepción no está lejos de toda la corriente filosófica dialógica iniciada por Feuerbach, Buber, Ebner, Levinas, etc., y que hace depender la constitución del yo de la presencia interpelante del tú (Coll 2011). Estos tú son incluso los “otros” no humanos, como los animales, especialmente los domésticos, que también generan colapsos relacionales. Los “otros” no sólo activan yoes existentes, sino que los generan en tanto que penetran en nuestras vidas, integrándose en nuestro propio auto-concepto múltiple.

Un niño al nacer tiene todas las potencialidades identitarias que le permite su dotación genético-modular, y esa superposición multiyoica se va enriqueciendo con las nuevas disposiciones adquiridas a través de la socialización, generándose un verdadero sistema multiyoico que va colapsándose situacionalmente, con unos yoes más estables que otros, a través de la interacción del niño con los otros, a medida que aprende a “manipular” a los adultos a través de la presentación de yoes que convienen más o menos. El “yo/yoes” del niño no es un dato a priori que viene dado en su naturaleza biológica o metafísica,

---

<sup>4</sup> Mead es bien consciente de esta diferencia entre lo predecible y lo impredecible de toda acción humana, incluso en medio del poderoso colapso relacional: “El ‘mf’ exige cierta clase de ‘yo’, en la medida en que cumplimos con las obligaciones que se dan en la conducta misma, pero el ‘yo’ es siempre algo distinto de lo que exige la situación misma” (Mead 1982: 205).

sino que va emergiendo con la relación interpersonal (Cabada Castro 1994). La elección o activación automática del colapso en un uni-yo es cambiante: a menudo dura varios años (incluso en condiciones sociales idóneas puede ser cuasi permanente), pero pueden sufrir variaciones micro-situacionales en cuestión de segundos y minutos<sup>5</sup>. Lo que entendemos como “personalidad” es una construcción o gestión del sistema multiyoico que el sujeto elige porque obtiene beneficios emocionales y de bienestar. Los “otros” actúan aquí como “affordances subjetivas” que obligan al individuo a colapsar su flujo ontológico en un yo atractivo a ellos. Las ambivalencias que genera la búsqueda de aprobación pueden exigir justificaciones que expliquen las inconsistencias entre diferentes yoes percibidas por sujetos externos (Martín Criado 2014: 122). Ahora bien, estos otros no tienen que estar necesariamente co-presentes físicamente o exigirnos explícitamente consistencia o justificación de la inconsistencia. Los otros pueden estarnos presentes de forma física, imaginada o implícita. Es muy común que la presencia imaginada de seres queridos influyentes en nuestra vida, incluso aunque hayan muerto, nos obligue continuamente a justificar nuestras ambivalencias en un diálogo interior con ellas. En el caso concreto del creyente, éste lleva a cabo ese diálogo mental en la oración con la divinidad, a quien tratará de justificar su ambivalencia a la que incluso podrá definir como “pecado”.

En todo caso, este mecanismo de colapso relacional tiene complejas derivaciones en los micro-encuentros a través de prácticas estratégicas de producción del yo, unas veces a través de la pose, de la mentira, de la actitud maquiavélica, y otras de la convicción sincera de querer ser un yo y no otro, de quererlo y no poder, de poderlo y no querer, etc. (Goffman 1969, 1970, 1971, Martín Criado 1998). Pero de la misma forma que las affordances objetivas no son infinitas, tampoco las relacionales lo son, y la acumulación investigadora permite cada vez más predecir con rigor esas estrategias conscientes e inconscientes de construcción del yo en situaciones de interacción con otros.

### 3.4. METODOLOGÍA Y TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN

Finalmente apuntaré dos implicaciones metodológicas esenciales.

§IV.1. EL COLAPSO A TRAVÉS DE LA MEDIDA. Junto al colapso elegido por el propio sujeto, hay otro colapso también situacional y precario que lleva a

---

<sup>5</sup> Las explicaciones situacionales de la violencia de Zimbardo (2007) y Collins (2008) suponen que no hay personas ontológicamente violentas o pacíficas, sino que hay, diríamos nosotros, una superposición de estados. Si un sujeto descubre que siendo violento obtiene más aprobación de su contexto social, decidirá mantener por más tiempo esa conducta, igual que el que elige ser pacífico; lo cual no excluye que las evaluaciones que hace de la idoneidad de su yo puedan cambiar. Sin embargo, no todo yo es “elegido”: los arrebatos violentos incontrolados son activaciones de los mecanismos neuronales de agresión, que facilitan un colapso del paquete de ondas en yoes agresivos, que al desaparecer producen sentimientos de ambivalencia y vergüenza.

cabo el propio investigador: habría un “problema de la medición” parecido al de la mecánica cuántica. Básicamente, lo que de hecho hace una encuesta o un análisis de contenido clásico (Martín Criado 2014) es una medición específica que barre las ambivalencias y colapsa el paquete de ondas multiyoico, aportando información significativa, ciertamente, pero a costa de un espejismo que habría que evitar: la unicidad del yo. En muchas ocasiones es el investigador el que *reconstruye* el “yo” del sujeto, seleccionando discursos que presentan una homogeneidad que le permiten explicitar la “norma”, desechando lo que se corre el peligro de considerar como sesgos, mentiras o inconsistencias atribuibles bien a un diseño erróneo de la técnica de investigación o a la mala fe del sujeto. Metodológicamente este colapso de la medida es inevitable, puesto que posibilita al investigador un punto de partida o un punto de llegada provisional. Por ejemplo, la “teoría DBO” de Hedström goza de gran poder explicativo, aunque parte de un falso supuesto: un individuo que “posee” *concretos y unívocos* deseos, intenciones y creencias, a pesar de que Hedström (2006: 77) es consciente del deber de no asumirlas como fijas e inalterables. Sin embargo, cuando a continuación utiliza su teoría *siempre y necesariamente* parte de un sujeto con unas *concretas* creencias, deseos e intenciones, que implícitamente se da por supuesto que son homogéneas y dominantes. Es este punto de partida (o en otros casos, de llegada) ficticio el que llamo “colapso a través de la medida” y que supone una unicidad del sujeto construida por el investigador. Lo peligroso no es el colapso, sino que el investigador no lo tome como tal e incurra en la falacia de considerar que *ese colapso construido es en realidad el yo verdadero y unívoco del sujeto*.

§IV.2. METODOLOGÍA CUALITATIVA. En segundo lugar, el enfoque más adecuado para la teoría de la ambivalencia es el cualitativo<sup>6</sup>. Aunque en psicología las escalas de medición cuantitativas son útiles para valorar el grado de ambivalencia objetiva-subjetiva que experimenta un individuo, una metodología cuantitativa es menos útil *para el sociólogo*. También los experimentos o cuasi-experimentos son más habituales en psicología social que en sociología por la misma razón. Dentro de la metodología cualitativa tres son las técnicas esenciales para comprender la ambivalencia:

(a) *Análisis etnográfico*. Aunque ha ido perdiendo prestigio científico, la etnografía sigue siendo una de las herramientas más potentes de comprensión de la realidad social. La “mirada sociológica” bien adiestrada es el modo más genuino de captar las complejidades de la vida humana en sociedad. No sólo es el modo privilegiado de los clásicos, también la literatura nos ha legado seguramente los mejores análisis de los matices sociales a través de la observación atenta, con ojos informados de cómo y dónde mirar. Aunque se

---

<sup>6</sup> En este contexto no es posible desarrollar una explicación crítica de la apuesta metodológica cualitativa. Para algunas de las cuestiones clave me remito al clásico Método y medida en sociología de Cicourel

pierde en rigurosidad técnica y explicación, se gana en comprensión compleja. Un análisis etnográfico ideal —y a la vez metodológicamente imposible— sería el propuesto por Lahire (2004): un seguimiento de un sujeto a lo largo de sus situaciones, captando ambivalencias, prácticas coherentes y contradictorias a través de la transición de una micro-situación a otra. La imposibilidad fáctica de llevar a cabo un análisis de ese tipo no significa que no puedan llevarse a cabo etnografías de “rango medio”.

(b) *Análisis del discurso*. Dentro del análisis del discurso entran dos técnicas esenciales que permiten complementar y enriquecer la etnografía: la entrevista en profundidad y los grupos de discusión. Martín Criado (2014) recientemente ha propuesto un tipo de análisis del discurso que permite captar las ambivalencias y no enmascararlas. Él privilegia el grupo de discusión por encima de la entrevista, precisamente por la capacidad del primero de generar una situación social en la que se ponen en juego de modo directo los discursos como prácticas estratégicas. Con ello el investigador puede “a) acceder a las ambivalencias en que se hallan estructuralmente los sujetos —a las tensiones entre distintas legitimidades, entre ideales y constricciones prácticas, entre el pasado incorporado y lo que exige el presente, entre lo que se hace y lo que se dice, etc.—; b) analizar las soluciones que se ensayan a estos dilemas —desplazando el ámbito de lo legítimo, forjando o modificando categorías, etc.— y cuya comprensión es crucial, pues transforman categorías y legitimidades, incidiendo a su vez sobre las prácticas —aquellas que logran legitimarse persisten mejor” (Ibíd.:129). El peligro del clásico troceamiento por temas y categorías de los discursos implica la producción de un “colapso a través de la medida” que tiene consecuencias negativas, puesto que suele considerarse de modo infundado como “el” discurso legítimo, obviando ambivalencias e inconsistencias internas.

#### 4. CONCLUSIÓN

He tratado de mostrar que la ambivalencia, entendida como la escisión multiyoica del sujeto, es constitutiva al ser humano. Aunque dependiente de las concretas condiciones socio-históricas que generan en mayor o menor medida es escisión multiyoica, se puede postular que es más trabajoso mantener un yo unívoco y homogéneo que dejarse arrastrar por las exigencias situacionales manifestando múltiples yoes. La heterogeneidad de las situaciones por las que atraviesa el sujeto a lo largo de cada día y de su biografía complica la idea de coherencia yoica. Todos nos descubrimos pensando, queriendo, diciendo o actuando de maneras en las que no nos reconocemos, porque no es el yo que habitualmente se ha elegido colapsar conscientemente. Cuando a través del discernimiento o la interiorización de valores o preferencias *elegimos* un determinado yo como definitorio de nuestra vida —un yo dominante sobre los otros posibles—, el trabajo no ha hecho más que comenzar: en todo momento

sigue presente *la superposición multiyoica* —más o menos amplia dependiendo de cada sujeto por sus circunstancias sociohistóricas— y a pesar de los hábitos que construyen redes neuronales que facilitan el colapso del *yo elegido*, es habitual que el propio discurrir de las situaciones cotidianas nos obligue a colapsar yoes diferentes: unas veces automáticamente, otras obligados por la situación; en unas aceptamos el cambio tras una deliberación interior, en otras lo aceptamos sintiendo que transgredimos nuestro “verdadero yo” y en otras nos negamos a aceptarlo; a veces mentimos y jugamos maquiavélicamente con los otros, en otras sufrimos la pujanza de nuestros muchos yoes por querer salir esforzándonos por controlarlos<sup>7</sup>. La tarea trabajosa de querer colapsar un yo y mantenerlo frente al vigor de los otros yoes, o de asumir una gestión o estructura concreta de esos multi-yoes puede llamarse “fidelidad”, en el sentido específico usado por Simmel (1986, II: 611): “como el poder de perseverar el alma en un camino, una vez emprendido, aun después de haber pasado el efecto del choque que la impelió por ese camino”. ¿Pero cuándo deja de tener sentido esforzarse en mantener un yo que, de hecho, ya no responde a las nuevas exigencias situacionales?

La evolución biográfica nos puede presentar diferentes perspectivas que permiten cambiar nuestras antiguas evaluaciones del yo que creíamos mejor, teniendo de nuevo que inventar un nuevo colapso, generando un nuevo yo dominante o una nueva estructura de los multi-yoes. En otras ocasiones, las propias situaciones se nos presentan de modo ambiguo, queriendo y no queriendo la misma cosa y su contraria, a veces simultáneamente, a veces alternativamente, emergiendo inconsistencias, contradicciones y ambivalencias. A lo largo de nuestra vida, cambios de gustos, de ideas, de perspectivas, de aficiones, de orientaciones existenciales, y todos los yoes asociados a ellos no desaparecen, sino que vuelven al paquete de ondas multiyoico, quedando latentes, siempre disponibles —con mayor o menor probabilidad— para poder ser colapsados de nuevo. El propio discurrir vital no sólo colapsa yoes ya existentes, sino que descubre nuevas posibilidades de yoes a través de las experiencias, acumulando algunos simplemente como posibilidades nunca intentadas, pero a menudo oscuramente deseadas. En realidad, este carácter multiyoico del ser humano es el que evolutivamente ha permitido un avance mucho mayor que en el resto de los animales, siempre esclavos de su “identidad” homogénea pre-programada<sup>8</sup>. De este modo, la ambivalencia y el ser multiyoico propio de la especie humana puede ser una oportunidad más que una amenaza, una capacidad para la novedad y la creatividad, un acicate para la continua construcción de lo que somos. Como insistía Mead, el “yo” siempre es la incierta creatividad del sujeto. Este es el ser humano real. Y al sociólogo, como al

---

<sup>7</sup> Es sintomático a este respecto, que las últimas investigaciones neurocientíficas han puesto de manifiesto que se activan dos zonas cerebrales diferentes cuando se trata de un proceso de toma de decisión “externo” (fuertemente determinado por las circunstancias contextuales que rodean al sujeto en un momento dado) y el proceso de toma de decisiones “interno” (dependiente de las preferencias propias del sujeto) (Nakao et al. 2012, Wagner y Northoff 2014).

<sup>8</sup> Agradezco a Esther Romero el haberme hecho esta apreciación.



agónico filósofo español, lo que le debería de interesar conocer es:

*“el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano. Porque hay otra cosa, que llaman también hombre, y es el sujeto de no pocas divagaciones más o menos científicas. [...] Un hombre que no es de aquí o de allí ni de esta época o de la otra, que no tiene ni sexo ni patria, una idea, en fin. Es decir, un no hombre”* (Unamuno 1996: 47).

## 5. BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, F. (2014) “The art of self-beliefs. A Boudonian approach to social identity”, *Papers* 99(4): 579-593.
- Aguiluz Ibarquien, M. (2010) *El lejano próximo. Estudios sociológicos sobre extrañidad*, Antropos, Barcelona.
- Aguiluz Ibarquien, M. (2006) “De cómo tuvieron lugar ambivalencias en la modernidad”, *Política y sociedad* 43(2): 49-61.
- Ampudia de Haro, F. (2010) “El logro del éxito: la dimensión social de la literatura de autoayuda”, *Revista Española de Sociología* 13: 11-30.
- Ampudia de Haro, F. (2014) “Buen trader, buen Trading: presencia y regulación de las emociones en los mercados financieros”, *Athenea Digital* 14(1): 237-261.
- Baumen, Z. (2005) *Modernidad y ambivalencia*, Barcelona, Antropos.
- Blanch, A. (2005) *El hombre imaginario. Una antropología literaria*, Madrid, PPC.
- Boudon, R. (2006) “*Homo sociologicus*: Neither a Rational nor an Irrational idiot”, *Papers* 80: 149-169.
- Bourdieu, P. (1998) *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- Bullinaria, J. A. 2007. “Understanding the Emergence of Modularity in Neural Systems”, *Cognitive Science* 31: 673-695.
- Cabada Castro, M. (2011) *El animal infinito. Una visión antropológica y filosófica del comportamiento religioso*, Salamanca, San Esteban.
- Cabada Castro, M. (2005) “La dimensión filosófica de la antropología”, *Pensamiento* 229: 5-29.
- Cabada Castro, M. (1994) *La vigencia del amor. Afectividad, hominización y religiosidad*, Madrid, San Pablo.
- Calabro', A. R. (1997) *L'ambivalenza come risorsa*, Roma-Bari, Laterza.
- Castillo Castillo, J. (1997) “La irresistible ascensión de las máquinas del tiempo”, *Revista Internacional de Sociología* 18: 39-56.
- Castro Nogueira, Miguel Ángel, Castro Nogueira, Luis, Castro Nogueira, Laureano. 2008. *¿Quién teme la naturaleza humana? Homo suadens y el bienestar en la cultura: biología volutiva, metafísica y ciencias sociales*, Madrid, Tecno.
- Castro Nogueira, Miguel Ángel, Castro Nogueira, Luis, Castro Nogueira, Laureano. 2012. “Transformando la matriz heurística de las ciencias sociales. Luces (y sombras) de la investigación naturalista de la cultura”, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 23: 41-81.
- Churchland, P. S. 2012. *El cerebro moral. Lo que la neurociencia nos cuenta sobre la moralidad*, Barcelona: Paidós.

- Coll, J. M. (2011) *El personalismo dialógico. Estudios 1*, Melilla Fundación Emmanuel Mounier.
- Collins, R. (2008) *Violence: A Micro-Sociological Theory*. Princeton University Press.
- Collins, R. (2004) *Interaction Ritual Chains*. Princeton University Press.
- Connidis I.A. and McMullin J.A. (2002). "Sociological ambivalence and family ties: A critical perspective". *Journal of Marriage and the Family* 64(3): 558-68.
- Cordoni, E. (1993) "Las mujeres cambian los tiempos", *Cuadernos de Relaciones Laborales* 2: 221-237.
- Tooby, J. y Cosmides, L. (1992) "The Psychological Foundations of Culture", en: Barkow, J. H., Cosmides, L. y Tooby, J. *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Oxford University Press.
- Damasio, A. (2006) *El error de Descartes*, Barcelona, Crítica.
- DeMarree, K. G., Wheeler, C. S., Briñol, P., & Petty, R. E. (2014) "Wanting other attitudes: Actual-desired attitude discrepancies predict feelings of ambivalence and ambivalence consequences", *Journal of Experimental Social Psychology* 53, 5-18.
- Dublin, Th. (ed.) (1981) *Farm to factory. Women's Letters, 1830-1860*, New York, Columbia University Press.
- Dunbar, R., Barret, L. y Lycett, J. (2011). *Evolutionary Psychology. Human behaviour, evolution and the mind*, Oxford: Oneworld.
- Durso, G. R. O. (2013) *Expectancy Confirmation as a Moderator of Subjective Attitudinal Ambivalence*, Masters Thesis, The Ohio State University.
- Elias, N. (1987) *Die Gesellschaft der Individuen*, Frankfurt am Main, Surhkamp.
- Elias, N. (1975) *Die höfische Gesellschaft*, Luchterhand, Neuwied.
- Franks, D. D. y Turner, J. H. (Eds.). (2013) *Handbook of Neurosociology*, New York, Springer.
- Garfinkel, H. (1956) "Conditions of Successful Degradation Ceremonies", *American Journal of Sociology* 61(5): 420-424.
- Giner, S. (2014) "Sociodicea", *Revista Internacional de Sociología* 2: 287-302.
- Giner, S. (1997) "Intenciones humanas y estructuras sociales: introducción crítica a la lógica situacional", en Cruz, Manuel (coord.). *La acción humana*, Barcelona, Ariel.
- Goffman, E. (1969) *Strategic Interaction*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Goffman, E. (1970). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goodwin, J. y O'Connor, H. (2006) "Norbert Elias and the Lost Young Worker Project", *Journal of Youth Studies* 9 (2): 159-173.
- Gouldner, A. (1973) *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Grèzes et al. (2003) "Objects automatically potentiate action: an fMRI study of implicit processing", *European Journal of Neuroscience* 17: 2735-2740.
- Hedström, P. (2010) "Explaining Social Change: An Analytical Approach", *Papers* 80: 73-95.
- Hedström, P., Swedberg, R. y Udèhn, L. (1998) "Popper's Situational Analysis and Contemporary Sociology", *Philosophy of the Social Sciences* 28(3): 339-364.
- Hillocoat-Nallétamby, S. y Philips, J. E. (2011) "Sociological Ambivalence Revisited", *Sociology* 45(2): 202-217.
- Howbstan, E. J. (1987) *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Guadarrama.
- Jonas, K., Broemer, Ph., Michael, D. (2000) "Attitudinal ambivalence", *European Review of Social Psychology* 11: 35-74.

- Kerbo, H. (2003) *Estratificación social y desigualdad*, Madrid, McGrawHill.
- Kurzban, R. y Aktipis, C. A. (2007) "Modularity and the Social Mind: Are Psychologists Too Self-Ish?", *Personality and Social Psychology Review* 11(2): 131-149.
- Lahire, B. (2004) *El hombre plural. Los resortes de la acción*, Barcelona, Bellaterra.
- Langford, J. y Clance, P. R. (1993) "The impostor phenomenon: recent research findings regarding dynamics, personality and family patterns and their implications for treatment", *Psychoterapy* 30(3): 495-501.
- Lefebvre, H. (1971) *De lo rural a lo urbano*, Barcelona. Península.
- López Sáez, M. (2009) "Actitudes", en: Gaviria, E., Cuadrado, I. y López-Sáez, M. (Coords.) *Introducción a la Psicología Social*. Madrid: Sanz y Torres: 165-209.
- Lüscher K. (2002) "Intergenerational ambivalence: Further steps in theory and research", *Journal of Marriage and Family* 64(3): 585-94.
- Martín Criado, E. (2014) "Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso", *Revista Internacional de Sociología* 72(1) 115-138.
- Martín Criado, E. (1998) "Los decires y los haceres", *Papers* 56: 57-71.
- Mead, G. H. (1982) *Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductismo social*, Barcelona, Paidós.
- Mèlich, J-C. (2014) *Lógica de la crueldad*, Barcelona, Herder.
- Mèlich, J-C. (2010) *Ética de la compasión*, Barcelona, Herder.
- Merton, R. K. (1980a) "Ambivalencia sociológica", *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 15-48.
- Merton, R. K. (1980b) "La ambivalencia de los científicos", *Ibid.*: pp. 49-75.
- Merton, R. K. (1980c) "La ambivalencia de los científicos: una posdata", *Ibid.*: pp. 76-85.
- Merton, R. K. (1980d). "La ambivalencia de los médicos", *Ibid.*: pp. 86-94.
- Merton, R. K. (1980e). "La ambivalencia de los dirigentes de organizaciones", *Ibid.*: pp. 95-114.
- McConell, A. R. (2011) "The Multiple Self-Aspects Framework: Self-Concept Representation and Its Implications", *Personality and Social Psychology Review* 15(1): 3-27.
- Moreno Pestaña, J. L. (2010) *Moral corporal, trastornos alimentarios y clase social*, Madrid, CIS.
- Mumford, L. (1979) *Técnica y Civilización*, Madrid, Alianza Editorial.
- Mundó, J. (2006) "Filosofía, ciencia social y cognición humana: de la folk psychology a la psicología evolucionaria", *Papers* 80: 257-281.
- Musson, J. (2010) *Up and Down Stairs. The History of the Country House Servant*, John Murray, London.
- Nakao, T., Ohira, H, y Northoff, G. (2012) "Distinction between externally vs. internally guided decision-making: operational differences, meta-analytical comparisons and their theoretical implications", *Frontiers in Neurosciences* 6:31.
- Nesse, R. M. y Lloyd, A. (1992) "The Evolution of Psychodynamic Mechanisms", en: Barkow, J. H., Cosmides, L. y Tooby, J. *The Adapted Mind. Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, Oxford University Press.
- Noguera, J.A. (2003) "¿Quién teme al individualismo metodológico?", *Papers* 69: 101-132.
- Peugny, C. (2006) "La mobilité sociale descendante et ses conséquences politiques: recomposition de l'univers de valeurs et préférence partisane", *Revue française de sociologie* 3.

- Pinker, S. (2002). *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona: Paidós.
- Powell, J. A. (1996) “The Multiple Self: Exploring Between and Beyond Modernity and Postmodernity”, *Minnesota Law Review* 81: 1481-1520.
- Raulin ML., Brenner V. (1993) “Ambivalence”, en: CG Costello (Ed), *Symptoms of schizophrenia*, New York: Wiley, pp. 201-226.
- Richerson, P. J. y Boyd, R. 2005. *Not by genes alone. How culture transformed human evolution*, Chicago: The Chicago University Press.
- Rivas, A. M. y Rodríguez, M. J. (2008) *Mujeres y hombres en conflicto. Trabajo, familia y desigualdades de género*, Madrid, Ediciones HOAC.
- Roblés, F. (2000) “La ambivalencia como categoría sociológica en Simmel”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 89: 219-235.
- Romero Hernando, J. M. (2010) *El pensamiento filosófico de don Francisco Giner de los Ríos*, Burgos, Editorial Gran Vía.
- Romero Moñivas, J. (2015) «Hacia una comprensión micro-situacional de la ambivalencia entre libertad humana y entornos artificiales», en *Argumentos de razón técnica* 18 (en imprenta).
- Romero Moñivas, J. (2014) «The Margins of Free Action. Toward a Situational Understanding of the Human Being», en *International Journal of Contemporary Sociology* 51(2): 145-181.
- Romero Moñivas, J. (2013b) «Unificando macro y micro. Una aproximación global a la sociología de Randall Collins», en *Revista Española de Sociología* 20: 63-103.
- Romero Moñivas, J. (2013) *Los fundamentos de la sociología de Norbert Elias*, Tirant lo Blanch, Valencia.
- Romero Moñivas, J. (2011) «Historia de la tecnología y experiencia religiosa en la obra de John M. Staudenmaier, SJ», en: Romero Moñivas, J. (ed.) *De las ciencias a la teología. Ensayos en honor al profesor Manuel G. Doncel*, Verbo Divino, Estella, pp. 157-169.
- Sánchez Jiménez, J. (1975) *La vida rural en la España del siglo XX*, Barcelona Editorial, Planeta.
- Segre, S. (1994) „Zum Begriff der Ambivalenz in Simmels Soziologie“, *Simmel Newsletter* 4(1): 59-63.
- Sennet, R. (1994) *Flesh and Stone. The Body and the City in Western Civilization*, New York: Norton & Company.
- Simmel, G. (2002) *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa.
- Simmel, G. (1986) *Estudios sobre las formas de socialización I-II*, Madrid, Alianza.
- Spencer-Rodgers, J., Williams, M. J., y Peng, K. (2010) “Cultural Differences in Expectations of Change and Tolerance for Contradiction: a Decade of Empirical Research”, *Personality and Social Psychology Review* 14(3): 296-312.
- Staudenmaier, J. M. (2005) *Electric Lights Cast Long Shadows: Seeking the Greater Good in a World of Competing Clarities*, Boardman Christian Ethics Lecture Series, The University of Pennsylvania.
- Staudenmaier, J. M. (1996) “Denying the Holy Dark: The Enlightenment Ideal and the European Mystical Tradition”, en Leo Marx y Bruce Mazlish (eds.) *Progress: Fact or Illusion?* University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Symes, E., Ellis, R. Tucker, M. (2007) “Visual object affordances: object orientation”, *Acta Psychologica* 124: 238 –255.

- Tabboni, S. (2007) “De l’ambivalence sociale à l’ambivalence culturelle”, *Cahiers internationaux de sociologie* 123: 269-288.
- Tena Sánchez, J. (2010) “El pluralismo motivacional en la especie humana. Aportaciones teóricas recientes de la ciencia social experimental”, *Papers* 95(2): 421-439.
- Tucker, M. y Ellis, R. (2004) “Action priming by briefly presented objects”, *Acta Psychologica* 116: 185–203.
- Unamuno, M. de (1996) *Diario íntimo*, Madrid, Alianza.
- Veblen, Th. (2004) *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza.
- Wagner, N-F. y Northoff, G. (2014) “Habits: bridging the gap between personhood and personal identity”, *Frontiers in Human Neuroscience* 8: 1-12.
- Zimbardo, P. (2007) *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*, New York, Random House.